

Una de cowboys

Profundizar en las diferentes capas de la psique hasta llegar a los estratos más ocultos en los que permanecen a oscuras los hechos, acontecimientos, o como quiera que se los quiera llamar, que marcan nuestras vidas, entiendo que es la labor del psicoanalista. Hechos que dejan huellas que permanecen imborrables como las de un fósil de tiempos inmemoriales que se nos revela al cabo de los milenios grabada en la piedra (ya Freud habló de la metáfora arqueológica). Entiendo la pintura de Fernando, como una excavación desde la superficie; desde la capa de sedimentos más actual, hasta las capas más recónditas. Una prospección hasta ese estrato en el que están grabadas las imágenes de su niñez; un incansable profundizar en la memoria. Hasta aquellos lugares necesita descender. Pienso en la infancia como una fuente inagotable para el poeta, para el artista en general. Sin descanso, retira con infinita paciencia, con extremo cuidado, los restos que el tiempo ha ido depositando sobre memoria. Cada dibujo, cada pintura es una mota de polvo que, como el arqueólogo, Fernando elimina para profundizar un poco más, para alcanzar su fin. Un fin, por otro lado y por él sabido (y he aquí la parte trágica) inalcanzable.

La ingenuidad recorre el mundo que construye Fernando Sáez Pradas; la inocencia del niño que juega. Porque, ¿qué otra cosa es el artista sino un adulto que desde su infancia no ha parado de jugar? Un adulto que, como leía hace tiempo en algún lugar, no recobra su infancia, sino que hace de su infancia su presente. En su trabajo se revela el gozo de obrar, independientemente de si llega a buen fin o no. Y si prima el gozo de obrar, desaparecen, o al menos se suavizan las presiones del exterior. Para que así ocurra, para que siga ocurriendo, es condición *sine qua non* no comer de la sal de Palacio; cosa muy habitual (a la de comer de ella me refiero) en estos tiempos que corren. Harto ya de personajes dando vueltas a una silla, de señoritas disfrazadas de amas de casa que atienden mil tareas, de manojos de pelos pegados a una pared, de chorreos de sangre, de casitas abandonadas, de terrenos baldíos, de montones de escombros, de señales de tráfico oxidadas de cualquier carretera americana (las de aquí no valen), de habitaciones de motel con poca luz, del espectáculo de montajes de miles de euros; en fin, que cansado de tanto aburrimiento y de tanta literatura para intentar justificar lo que, las más de las veces, no tiene justificación, estas cosas de Fernando a mí me llegan siempre como agua caída del cielo; entonces, me vuelvo a calzar mis viejas botas de agua y a atravesar charcos con mis carrozas de cowboys de plástico que huyen perseguidos de un grupo de guerreros sioux de colores.

Decía Lledó en algún lugar, que se nos está embotando la capacidad de sentir. Quedará la gramática para los que no sepan, no puedan o no quieran sentir.

Enrique Quevedo Aragón